

Biblia y salvación de los no cristianos: *status quaestionis*

Marcelo Bravo Pereira, L.C.

Profesor de teología y director del Instituto Superior de Ciencias religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Entre los teólogos del pluralismo religioso, Jacques Dupuis parece ser uno de los pocos que toma en serio el Nuevo Testamento como fuente para la comprensión del cristianismo y su relación con las religiones no cristianas. Otros teólogos hacen referencia a textos de la Sagrada Escritura, pero las más de las veces al modo de *locus probantis* que de *anima theologiae*.

Paradójicamente no se encuentran muchas monografías que analicen sistemáticamente la visión bíblica de las religiones. El volumen de referencia de muchos teólogos sigue siendo *Biblia y religiones. Perspectivas bíblicas para la teología de las religiones*¹ de G. Odasso. Antes de él tenemos el libro de J. Jeremias, *Jesús, prometido a las naciones*².

Ante este aparente vacío teológico³, intenté ofrecer mi punto de vista en un volumen que publiqué a inicios del año 2020: *¿Y quién puede salvarse? Cristianos y paganos ante Cristo, único salvador*⁴. Espero en estas líneas ofrecer solo una pequeña parte de este libro.

1. Cambio de perspectiva teológica y magisterial

Creo que el fenómeno más relevante para poder comprender la teología de las religiones es el cambio de perspectiva en el estudio de las religiones. Con el método de inmanencia, la apologética católica pasó de la consideración de la doctrina –si el cristianismo es la verdad, las religiones son falsas– a la consideración de la experiencia religiosa, preocupándose en particular por la esencia de la religión como fenómeno subjetivo de apertura a la trascenden-

¹ *Bibbia e religioni. Prospettive bibliche per la teologia delle religioni*, Urbaniana, Roma 1998.

² *Jesus, Promise to the Nations*, SCM Press, London 1958.

³ Contribuciones de menor extensión son las siguientes: J.A. SAYÉS, *Cristianismo y religiones. La salvación fuera de la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2001. M. DI TORA, *Teologia delle religioni. Linee storiche e sistematiche*, Dario Flaccovio, Palermo 2014, 101-112. E.J. SCHNABEL, «Israel, the people of God, and the nations», *Journal of the Evangelical Theological Society*, 45 (2002), 35-57.

⁴ *E chi può salvarsi? Cristiani e pagani di fronte a Cristo, unico Salvatore*, IF-Press, Roma 2020.

cia. Este cambio de punto de vista se puede apreciar claramente en *Redemptoris missio* n. 28. El papa Juan Pablo II, sin negar mínimamente la revelación de Dios en Cristo, considera que el Espíritu Santo actúa universalmente también en las religiones:

La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones. En efecto, el Espíritu se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino; «con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra». Cristo resucitado «obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no solo despertando el anhelo del siglo futuro, sino también, por eso mismo, alentando, purificando y corroborando los generosos propósitos con que la familia humana intenta hacer más llevadera su vida y someter la tierra a este fin». Es también el Espíritu quien esparce «las semillas de la Palabra» presentes en los ritos y culturas, y los prepara para su madurez en Cristo.

Esta perspectiva positiva parece contrastar con el *Sitz im leben* de los textos sagrados. De hecho, la perspectiva que surge de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento es más bien negativa. Dios habría escogido un pueblo de en medio de los paganos y habría establecido una única alianza con ellos, con un único templo y una única religión verdadera. Los dioses de los pueblos son falsos, impotentes, imágenes de bueyes que comen hierba.

En el Nuevo Testamento la cosa no cambia, más aún, se acentúa a causa del universalismo cristiano que brota de los mismísimos orígenes del cristianismo. La Iglesia oscila entre el «id al mundo entero ... bautizad a todos los hombres... quien no creyere, se condenará», y el «no hay otro nombre en el cielo en el que podamos ser salvados». La sentencia de Pablo en la carta a los Corintios, «Sabemos que en el mundo real un ídolo no es nada y que Dios no hay más que uno» (*1Cor* 8,11-13), tiene que ser contrastada con la primera carta a Timoteo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (*1Tim* 2,4).

Gaudium et spes n. 22 refleja esta continuidad entre la necesidad de Cristo para la salvación y la donación de la misma a todos los hombres, a los cuales el misterio pascual llega de modo misterioso:

Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual.

Es verdad que el contexto en el que se escribieron los evangelios es muy diverso, sobre todo en relación con la percepción que la Iglesia ha madurado en el último siglo a propósito del valor de *praeparatio evangelica* de las tradiciones religiosas. La visión de las religiones ha pasado en el siglo XX de la consideración de la *veritas religionis* al significado del sentimiento religioso.

El cambio de percepción sobre el fenómeno religioso y la profundización en el misterio de Cristo como único salvador nos lleva a formularnos la siguiente pregunta: ¿es posible releer las páginas del Nuevo Testamento con los ojos del Magisterio reciente en materia de religión y religiosidad? Es lo que intenté hacer en mi libro del 2020 y que ahora sintetizo.

2. Los paganos en los sinópticos (mirada general)

No obstante Jesús haya circunscrito su misión al territorio y al pueblo judío y haya mostrado tan poco interés por los paganos, encontramos en los Evangelios indicios, no solo de una universalización del mensaje –cosa que los discípulos entenderán muy adelantada la evangelización–, sino además de una apertura a los no judíos.

Si cambiamos la perspectiva nos damos cuenta de que, si bien en los evangelios existe una crítica de la religión tradicional, incluida la religión de Israel –el formalismo judío y su autojustificación–, sí existe una visión positiva de la experiencia religiosa en cuanto tal. Esto hasta el punto de que los gentiles en el Evangelio se han convertido en modelo de virtudes o asumen actitudes religiosas más profundas que las de los mismos judíos. Aunque los datos son escasos, es posible entrever cómo todos los paganos que se acercan a Jesús –y luego a los discípulos– son movidos por un profundo sentimiento religioso. Aquí solo los enumero:

La búsqueda espiritual de los Magos, movidos por Dios, pero también gracias a sus conocimientos astronómicos y religiosos.

- La fe y la humildad del centurión, que llena de admiración al mismo Jesús porque encuentra en él más fe que en todo Israel.
- La gratitud del leproso samaritano, cuya humildad le hace merecedor de la sanación física y espiritual.
- La mujer cananea y su grande fe.
- El endemoniado geraseno y su deseo de ser discípulo de Jesús. Toda la región de Gerasa se beneficiará de su encuentro con el Maestro.
- La caridad del samaritano, superior a la del levita y del sacerdote.

En los Hechos de los apóstoles veremos aparecer más paganos, desde Cornelio y su familia, hasta el carcelero que libera a Pedro y Santiago. Pablo se encontrará con muchos gentiles frecuentando desde fuera las sinagogas para escuchar la Palabra de Dios. A decir de Jean Daniélou, muchos de los que se acercaron a Pablo habían sido ya atraídos por los judíos de la diáspora, animados de un fuerte espíritu misionero.

Aunque en los evangelios se ve que la iniciativa con respecto a los gentiles nunca viene directamente de Jesús, podemos atribuir a esta iniciativa las palabras de Jesús: «nadie viene a mí si el Padre no lo atrae». No era mera curiosidad, ni tampoco pura necesidad la causa de la salvación, sino una fe sobrenatural que ya estaba actuando desde antes del encuentro con Jesús.

El escaso interés por los paganos se refleja también en la falta de datos respecto a la nueva vida de estos paganos o samaritanos con respecto a la pertenencia a la Iglesia. Los magos se regresan por otro camino, la mujer cananea se queda con su hija, el centurión con su siervo, el geraseno se dedica al apostolado entre los gentiles. En los Hechos de los Apóstoles vemos la escena del eunuco de la reina Candace –el primer bautizado pagano– que se regresa a su tierra feliz. Se podría pensar que los paganos, después del encuentro con Jesús, permanecieron paganos: no participaban en la Iglesia ni formaron comunidades apostólicas. Solo la devoción popular les ha dado una historia.

Esta “praxis” de Jesús refleja la actitud de los primeros cristianos en medio de un universo de gentiles: el mensaje es universal, este mensaje se concentra en Jesús, Hijo de Dios, nacido de mujer, que con su redención nos abre las puertas del cielo. Ahora bien, a esta proclamación no sigue un proselitismo invasivo o violento, como ocurrirá en el futuro.

Cuando por ejemplo Pablo se encuentra con el rey Agripa, se entabla un simpático diálogo fundado en el respeto mutuo y no en el proselitismo para la conversión a toda costa.

3. Las condiciones para la salvación en los sinópticos

La salvación está en la aceptación existencial de Jesús y en la participación en el reino que él ha venido a instituir. Cristo es la levadura que transforma los deseos profundos de liberación en salvación efectiva. Ahora bien, si Cristo es la única piedra y el único fundamento sobre el que se construye toda redención, nos podemos preguntar entonces quién puede salvarse.

Podemos atisbar la respuesta gracias a la escena del joven rico.

El joven rico se acerca a Jesús y le hace la pregunta: «¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?» La respuesta es clara y recurrente: «observa los mandamientos». Ahora bien, *los mandamientos* en la boca de Jesús se resumen en «amarás a Dios y amarás al prójimo». El “prójimo” se ha de entender a la luz de la parábola del buen samaritano. El prójimo es todo aquel que encuentro al borde del camino, malherido y necesitado. Sabemos además que no se puede decir que se ama a Dios si no se ama al prójimo. En la tradición cristiana esta premura por el prójimo ha sido sintetizada en las obras de misericordia corporales y espirituales.

«Observa los mandamientos» es una respuesta bastante concreta. Ahora bien, el joven rico no está satisfecho con cuanto le ha dicho el Maestro. Más aún, él afirma con seguridad de que ha observado los mandamientos desde su juventud. Todo da a entender que el joven rico era sincero en su búsqueda. Jesús no lo rechaza ni pone en evidencia su *hipocresía*, como hará con fariseos y escribas. Hay en el joven rico un deseo sincero de ir más allá de los mandamientos. Entonces, ¿qué es lo que le falta? Jesús entonces cambia la pregunta, que ya no es por la salvación, sino por la perfección. «Si quieres ser perfecto, deja todo y sígueme».

Sabemos que salvación y perfección no son la misma cosa aun cuando están relacionadas. Si lo miramos con los ojos de los Ejercicios Espirituales, podríamos hablar de los tres grados de humildad o de amor: amar a Dios hasta el punto de evitar el pecado mortal. El tercer grado de amor implica ya estar dentro del camino de salvación. Ahora bien, entre el tercer grado y el primero no existe solo una diferencia cuantitativa, sino una profundización en la búsqueda de la perfección. Ante el deseo de perfección del joven, Jesús lo miró con amor y lo invitó a participar de un estilo de vida que después se va a concretar en la consagración religiosa. Todos sabemos que el seguimiento de Cristo en la vida religiosa o sacerdotal no es condición indispensable de salvación, sino que es una invitación a la búsqueda de la perfección.

En el mismo texto encontramos lo que podría ser una aparente desmentida de las palabras de Jesús. El joven se va triste. Entonces Jesús dice: «qué difícil es para un rico entrar en el reino de los cielos». No puede entrar en el reino de los cielos quien está apegado a *mammona*. No importa cuán rico sea el hombre, el problema es el apego. El joven rico, que sinceramente cumplía con los mandamientos y que sinceramente buscaba algo más, se fue triste porque se dio cuenta de que su apego a las riquezas era superior a la búsqueda de la perfección.

Es entonces cuando los discípulos preguntan: «entonces, ¿quién puede salvarse?» Ellos han entendido claramente que la sentencia

de Jesús no valía solo para el joven rico sino para cada uno de ellos. Todos los hombres sufrimos el apego a las cosas de este mundo. Todo hombre es esclavo. La respuesta de Jesús es tajante: la salvación es imposible para los hombres, solo Dios puede salvar. Pero si esto es así, ¿qué sentido tenía la respuesta que Jesús dio al joven rico? Jesús pone como condición para la salvación lo que es insuficiente para la salvación.

Todo el texto nos deja perplejos: ¿se puede salvar mediante el cumplimiento de los mandamientos o no? La respuesta más clara nos viene de san Pablo en la carta a los romanos. San Pablo nos enseña que cuando éramos todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. Él es el *uno que salva a muchos*. La causa eficiente fundamental de la salvación es el misterio pascual del Hijo de Dios encarnado. Ni los mandamientos, ni el seguimiento puramente material de Cristo salvan. Ni siquiera salva el arrojar al fuego, si falta la caridad sobrenatural que es fruto de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Tenemos entonces dos polos en orden a la salvación: por un lado, está la necesidad absoluta de Cristo que salva. Por otro lado, está la observancia de los mandamientos, en particular la caridad.

4. El rey escatológico y la salvación de los misericordiosos

El episodio de Mt 25 –el Rey escatológico– puede ayudarnos a unir ambos extremos de la contradicción.

Una cosa es clara: la condición para la salvación última no es la mera pertenencia. Jesús lo dice claramente: no el que dice “Señor, Señor”, sino el que hace la voluntad de Dios, ése se salvará. Esta voluntad se concretiza en el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

Por este motivo, cuando el rey escatológico se siente en su trono para juzgar, separará a las ovejas de los cabritos. A. Sand afirma que ante este juez universal pasarán todas las gentes, pasadas, presentes y futuras, paganos, hebreos y cristianos⁵. Todos van a ser juzgados sin distinción: cristianos podrían ser condenados y paganos podrían ser salvados en virtud de un único motivo: «al atardecer de la vida te examinarán del amor». Esta separación, insisto, no es en base a la pertenencia religiosa, sino a la caridad. «Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estaba enfermo y en la cárcel y viniste a verme...» Las obras de misericordia corporales y espirituales son el manual del que seremos examinados al final de la vida. Lo paradójico de la escena es que ni los justos, ni

⁵ Cf. A. SAND, *Il vangelo secondo Matteo*, vol. 2, Morcelliana, Brescia 1992, 776.

los condenados, reconocieron que cada vez que obraban con misericordia, lo hacían a Jesús.

J. Jeremias pone en evidencia la sorpresa y el espanto en los oyentes de Jesús. Éstos esperaban a un mesías que ejecutara la venganza de Dios contra los gentiles que oprimían a Israel. Por el contrario, Jesús ha destruido el muro de separación entre judíos y gentiles. Los benditos del Padre son también los paganos que abren su corazón a la misericordia:

Estas palabras [de Mt 25,34] incluyen no solo a los gentiles que han acogido a Jesús y creído en él, sino también a los que se arrepentirán ante la escucha del profeta [Jonás], aquellos que irán a escuchar la Sabiduría de Dios [la reina de Saba], los que se mostraron misericordiosos ante el mesías escondido y no reconocido, encontrado bajo los andrajos del pobre y del sufriente⁶.

5. Encontrarse con el misterio, reconocerlo en Jesús de Nazaret

Termino estas breves líneas con uno de los problemas fundamentales de la teología católica de las religiones. Benedicto XVI afirma en *Deus Caritas est* que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». La salvación universal descubre su causa primera en el encuentro con el misterio pascual. *Dominus Iesus* enseña: «Debe ser firmemente creída como verdad de fe católica que la voluntad salvífica universal de Dios Uno y Trino es ofrecida y cumplida una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios».

Ahora bien, si es verdad que la salvación es posible fuera de los confines visibles de la Iglesia, ¿cómo se encuentran con Cristo quienes nunca han podido entrar en contacto vital con el evangelio? Este encuentro no puede ser puramente circunstancial o externo.

A la luz de lo que hemos dicho hasta ahora, podemos abrir un camino de reflexión en dos etapas.

La primera nos la da la lectura global del Nuevo Testamento a la luz de Mt 25. Cada vez que nos inclinamos para curar las llagas del pobre, es a Jesús a quien encontramos. La caridad no es filantropía, no nace solo de las profundidades de un corazón humano. El Espíritu inspira las nobles aspiraciones y las acciones de servicio y caridad. El misericordioso, el pacífico, el que tiene sed de justicia, el que obra por la verdad, es ya ciudadano del reino de los cielos.

⁶ J. JEREMIAS, *Jesus' Promise to the Nations*, Fortress Press, Philadelphia 1982, 47-48.

¿Quién es el necesitado detrás del cual se esconde Jesús? Son los hermanos más pequeños de Jesús. J. Gnilka afirma que, aunque en todo el evangelio, los hermanos corresponden a los discípulos, en este caso no se puede interpretar así porque sería considerar a los cristianos una clase privilegiada⁷. El hambriento, el sediento, el encarcelado, etc., corresponderían a cualquier necesitado.

No estoy de acuerdo con J. Gnilka. Es verdad que la interpretación más extendida es la de los pobres en general. Sin embargo, hay que tomar en serio el que Jesús haya hablado de «mis hermanos más pequeños» referido a los discípulos. Recordemos la sentencia de Jesús mismo: «quien diere un vaso de agua a uno de éstos por ser discípulo mío, no perderá la recompensa». ¿Qué recompensa puede ser si no es la salvación? Cuando Pablo se encuentra con Jesús, camino de Damasco, éste le dice: «¿por qué me persigues?» Pablo perseguía a los discípulos.

Creo por tanto que la comunidad eclesial, pobre, humilde, que pasa hambre y sed, que es encarcelada, es la manifestación mística del misterio pascual. Los paganos serán juzgados por la misericordia que tuvieron hacia los hambrientos, sedientos y encarcelados de este mundo, pero también y de modo particular por la caridad con que han tratado a las pequeñas comunidades de creyentes en Jesús esparcidas por el mundo, hacia aquellos a los que Jesús todavía hoy considera *pusillus grex*. Pero no solo, también nosotros, cristianos que hemos vivido como el joven rico, seremos juzgados en base a cómo nos hemos comportado con nuestros hermanos. Muchas veces encontramos más misericordia entre los paganos que entre los mismos bautizados.

La segunda reflexión nos viene, no ya de los sinópticos, sino de san Juan, capítulo 9: el episodio del ciego de nacimiento.

Toda la escena nos muestra cómo puede haber un intervalo temporal, más o menos largo, entre el encuentro con el misterio pascual y el reconocimiento de esta salvación en la persona histórica de Cristo Jesús. El ciego de nacimiento, el verdadero vidente, defendió a su redentor sin conocerlo. Solo más tarde, delante de Jesús afirmará lo que esperamos será la afirmación de todos los salvados de entre las naciones: «¿quién es, Señor, para que pueda creer en Él?»

Los justos de entre las naciones, el grano de trigo que no es posible reconocer en medio de la cizaña, los que observan la esencia de los mandamientos, reconocerán que su justicia y su santidad no provenía solo de su buena índole ni de su buena voluntad, sino

⁷ Cf. J. GNILKA, *Il vangelo di Matteo*, vol. 2, Paideia, Brescia 2000, 548.

del Espíritu, que soplando donde quiere, acerca el misterio pascual para la salvación de todos los hombres.

Mucho nos queda por analizar: los Hechos de los apóstoles, las epístolas de san Pablo y, sobre todo, la literatura joánica. Puedo decir que existe una grande convergencia con lo que hemos afirmado.

A modo de conclusión, desde el punto de vista metodológico sí es posible volver sobre las páginas del Nuevo Testamento con una perspectiva diversa, tomando en cuenta el camino que el magisterio reciente ha hecho para la comprensión del valor espiritual de las tradiciones religiosas.

Por otro lado, el criterio discriminante para evaluar una religión no es su "espiritualidad", ni su "sentido de la trascendencia", ni siquiera la observancia o la pureza de su concepción de Dios, sino la capacidad de canalizar las inspiraciones del Espíritu Santo e inclinarse sobre el pobre para curar sus heridas físicas y espirituales. La caridad es siempre un síntoma de la presencia del Espíritu y de una salvación que tiene el misterio pascual como fuente, y la misericordia como manifestación más genuina. Este criterio vale, de modo particular, para nosotros cristianos; para verificar si realmente vivimos como sacramentos de Cristo, que vino a dar la vida por la salvación de todos, o si necesitamos perseverar en un camino de conversión, para no acabar siendo sal que no sala y luz que no alumbra.